

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

¿QUÉ VAMOS A HACER? ORIGINALIDAD

DOS tentaciones gravísimas se ciernen sobre España en este momento final de 1975. Ambas podrían expresarse con dos frases hechas, antiguas, que se han repetido más de una vez. La primera: «Aquí no ha pasado nada». La segunda: «Los mal llamados años».

Ya lo creo que ha pasado. Quisiera o no, gusta o no, un larguísimo período de nuestra historia ha terminado. Sus partidarios pusieron tal empeño en asegurarlo, en afirmarlo, en identificarlo con un extraordinario sistema de poderes vinculados a una sola persona, que han sido ellos mismos los que han hecho imposible su continuación. La cosa es tan evidente que no merece gastar tiempo en explicarla; por lo demás, los acontecimientos, sin que nadie se encargue de ello, lo van a probar desde ahora mismo. Quiero decir que aunque los españoles, incluidos los adversarios, intentasen la perduración de las formas de la vida pública que han existido hasta ahora, sería un empeño quimérico.

Pero, por otra parte, no hay «mal llamados años»; los años son años, y ningún deseo puede anular la realidad. Y además, ¡han sido tantos! ¿Puede pensarse siquiera en la obliteración de cuatro decenios de historia, la vida adulta entera de la gran mayoría de los españoles? Somos esa realidad; nuestras almas, nuestras relaciones personales, las estructuras de nuestra convivencia, el repertorio de nuestras facilidades y dificultades, todo eso ha sido configurado por los casi cuarenta años que acaban de terminar. ¿Es que alguien puede pensar que España está en condiciones parecidas a las de otros países europeos, que han pasado por experiencias distintas? ¿Puede imaginarse, por ejemplo, que el algún día termina el Régimen soviético Rusia podrá comportarse como Francia, Inglaterra o los Estados Unidos?

Los que creen que todo puede seguir como hasta ahora tienen una ceguera histórica sólo comparable a la de los que piensan que se puede «volver atrás» y empalmar con 1939, 1938, 1931 o 1923. Por donde se ve que esas dos fracciones a que antes aludía vienen a opinar lo mismo: «Aquí no ha pasado nada». Unos quieren decir que no ha pasado nada en noviembre de 1975; otros quieren creer que no ha pasado nada desde que las cosas dejaron de gustarles (suponiendo que sea verdad que antes las gustaran).

Porque la democracia me parece la única forma de legitimidad social en los pueblos occidentales desde hace casi dos siglos, tengo el mayor interés en que sea establecida en nuestro país. Pero esto quiere decir que no sea suplantada, falseada, prostituida. Que no se tome su nombre en vano, ni en falso. Y, por consiguiente, que no se nos dé, con su nombre, un remedio, que sería un escarnio. Para que en España haya democracia, es menester que pueda haberla, es decir, que se consigan las condiciones para su existencia.

Una de ellas, es, claro, la existencia de partidos políticos

o como se llamen. Si se quiere hablar de asociaciones, no hay inconveniente, con tal de que se trate de libres agrupaciones de ciudadanos, rigurosamente obligadas a cumplir las leyes y a respetar los derechos ajenos, públicas y no clandestinas, con domicilios, directivos y programas bien conocidos, con derecho a presentarlos al país y con posibilidades reales de alcanzar el Poder si cuentan con el apoyo inequívocamente expresado de la mayoría. Mientras los diferentes grupos políticos no puedan conseguir —políticamente— el Poder, no hay nada que pueda llamarse democracia. Y como esto ocurre en muy pocos países del mundo, y se llaman «democráticos» casi todos, conviene aclarar las cosas de una vez, por lo menos para uso interno.

Estoy ya cansado de que se usurpe el nombre de las diversas comunidades españolas —o de la nación entera— para hacer valer tal o cual posición particular. Todos los días los periódicos y los demás medios informativos nos comunican que «los españoles» son de tal o cual manera, que «los catalanes», «los aragoneses», «los gallegos», «los mallorquines», «los canarios», «los intelectuales», «las mujeres», «los agricultores», «los estudiantes» aspiran a tal o cual cosa, están defraudados por tal motivo, son partidarios de determinada medida. ¿Basta con que alguien lo diga? ¿Es suficiente que un periodista diga que lo sabe de buena fuente? ¿Podemos contentarnos con que cualquier institución dedicada a los «sondeos» de la opinión pública nos diga que han consultado a unos cientos de españoles y los resultados son los que allí expone? Suponiendo que todo eso sea verdad, quiero decir que haya hecho esas consultas y sean esos efectivamente los resultados —lo que es mucho suponer—, ¿qué valor tienen? En los Estados Unidos, cuya población se acerca a los 220 millones, los «polls» o sondeos suelen hacerse mediante consultas telefónicas de «muestras» integradas por 900, 1.000, a lo sumo 1.500 personas. Aunque la selección y las condiciones de la consulta fuesen adecuadas, ¿puede pensarse que ese mínimo número de casos refleje la realidad del inmenso país, pueda «representarlo» de algún modo? Pero al decir que la gente piensa o desea algo, se contribuye a que lo piense y lo desee.

Si se «vuelve» a lo anterior, por ejemplo a los esquemas políticos de cuando había partidos, el fracaso será inevitable. Primero, porque aquellos esquemas fracasaron, y las fechas que antes enumeré son las de momentos críticos en que se puso dramáticamente de manifiesto la insuficiencia de la vida política española. Segundo, porque la situación en 1975 es de tal modo diferente de aquéllas, que «volver» a las formas antiguas sería dar entrada en el escenario político a una legión de fantasmás.

La incapacidad de inventar, de innovar, de imaginar algo nuevo es aterradora —pienso en la Argentina, por ejemplo—. Hace veinte años empezaba a germinar en España, lenta y pensadamente, una esperanza de innovación. Algo nuevo comenzaba a brotar, algunos deseos políticos originales, unos cuantos intentos de ponerse en el presente. A comienzos de 1956, unos y otros decidieron terminar con esas promesas: el Poder

cerró de un manotazo las ventanas apenas entreabiertas; la oposición comenzó a abrir agujeros que daban a patios confinados, con olor de viejos guisos malolientes, en lugar de buscar el aire libre y algo todavía no ensayado, todavía no fracasado.

Tenemos que partir de la experiencia de los últimos cuarenta años, que es un precioso tesoro. Porque nos hemos hecho en ese tiempo, porque hemos logrado no pocas cosas que hay que conservar. Imagínese, por ejemplo, que se comprometiera, en nombre de cualquier clase de «principios», la relativa, modesta prosperidad económica a que por fin hemos llegado. Que haya un número considerable de trabajadores que no tenga empleo; que se retraiga el turismo y se desnivele la balanza de pagos; que cierto número de empresas tengan que cerrar y los despidos se produzcan en cadena; que la inflación reduzca el poder adquisitivo del dinero y los españoles tengan que renunciar a lo que tienen y a lo que legítimamente esperan para los años próximos. O bien que, frente a la movilización ascensional de las mayorías, con acceso creciente a la educación y a la participación en la vida efectiva del país, se inicie esa forma de confinamiento que se llama «proletarización» y que está hace mucho tiempo superada en todos los países occidentales.

Hay que partir de esa experiencia, igualmente, para no repetirla, para no caer en sus errores innumerables, los principales la mutilación de la libertad de individuos, grupos y regiones, la marginación de grandes porciones de españoles, la imposibilidad de fiscalización de la vida pública. Hay que mirar atrás «para no quedarse atrás», para inventar, en vista de ello, algo distinto y superior.

Sobre todo, hay que buscar cuáles son los grupos efectivos, las grandes posiciones reales españolas acerca de los problemas específicamente políticos y sociales. Son muy pocas, tienen que ser muy pocas, dos, tres, cuatro, porque las cuestiones centrales de la vida pública no permiten más que unas cuantas alternativas y porque, además, la democracia no puede funcionar más que con un sistema limitado de piezas. La diversidad «social» puede y debe ser enorme, las diversidades personales innumerables: no hay dos caras ni dos personas iguales. Pero la vida política no tiene nada que ver con eso: las decisiones de Gobierno no tienen por qué afectar a la población de formas de vida, iniciativas, gustos, opiniones, deseos, proyectos. Tienen que reflejar la gran zona de coincidencia de la mayoría, rebajada, matizada por la presión de las otras coincidencias minoritarias, políticamente articuladas y expresadas numéricamente.

La única consigna válida hoy para todos los españoles, sean cualesquiera sus opiniones o preferencias, que no quieran renunciar a ser de verdad, es esta: originalidad.

Julián MARIAS

LOS DESCANSOS

Un mundo sin fiesta

Si bien se mira, nuestra sociedad se ha quedado prácticamente sin «fiestas». El calendario, desde luego, sigue conservando sus tradicionales números rojos, y la tendencia visible es a ampliarlos con «puentes» y demás trucos por el estilo. La extensión de las «vacaciones pagadas» constituye otro rasgo propio de la época y del sistema. Y hasta existen —o existían, al menos, antes de plantearse la actual «crisis»— serias promesas de aumentar el cupo de «ocio» correspondiente a cada hijo de vecino, como un beneficio más de los avances tecnológicos y de la racionalización del teje-maneje económico. Pero nada de esto son verdaderas «fiestas». Son meros «descansos», cosa muy distinta. Quizá todo lo contrario de una «fiesta». Incluso. El descanso, en última instancia, forma parte de la estrategia empresarial: responde, calculadamente, a las ventajas que, de cara al rendimiento global del «trabajador», representan unas jornadas de pausa, tanto a nivel fisiológico como en términos de ánimo. Por cierto que, hoy, y a la vista de las opiniones de los especialistas de la «productividad» —médicos y psicólogos, sobre todo—, resulta casi increíble admitir que, para llegar a esta situación, tuviesen que mediar huelgas, motines, presidios: lo que la clase obrera se propuso como objetivo de reivindicación, y que le era negado, acaba siendo útil al patrono. La paradoja es imponente.

No: el «descanso» no entra en el área de la «fiesta». Es una oferta de reposo, de relajamiento, de recuperación de fuerzas, para volver a la tarea con las máximas predisposiciones positivas. Es, también, una oportunidad de hacer marchar los negocios. Porque cuando estamos «ociosos» —ascetismos aparte— nos sentimos inclinados, u obligados, a «consumir», es decir, a comprar. Las supuestas «fiestas» de que unos y otros, más o menos, gozamos, suponen «gastar» lo ganado: una entrada de cine, un copetín, aunque sea en el módico bar de la esquina o en la taberna rural, un vestido para salir de paseo, o más, la golfina para la excursión, el guateque —la palabra ya me suena a arcadismo—, las horas del televisor, la comida excepcional, unas revistas, tal vez, ¡ay!, un libro... Los señores que fabrican o trafican, tal como las máquinas funcionan hoy día, y los tinglados de «servicios», necesitan tener una clientela ágil y abierta. Por eso, mientras la inflación galopante no lo impida, les conviene que las multitudes subalternas perciban unos salarios más bien discretos, a fin de que se conviertan en clientes asiduos. La carica-

tura que Papini hizo de Ford —el de los coches— en «Gog» no estaba nada mal, en principio: mister Ford pagaba bien a sus empleados para que comprasen sus automóviles, a plazos o no.

La «fiesta»... La noción de «fiesta» nos podría llevar a referencias como las Saturnales paganas, el Carnaval cristiano o cualquier otra jerga colectiva antigua: un entusiasmo temporalmente breve, pero entregado de lleno al jaleo y a la jocosidad. Una fiesta sin risas no es una «fiesta»; será, a lo sumo, una «ceremonia», siempre más o menos oficial, ritualizada. La risa, por definición, conlleva fermentos de «crítica»: causticidad, sarcasmo, burla. En la fiesta, la risa constituye una posible opción de efusiones comunitarias, montadas sobre el principio de la franqueza, del desahogo instintivo, de la bafa mutua e igualitaria. Y con la risa, el canto, la danza, el disfras, la comilona, el grito, la bebida, el fornicio. Por decirlo de algún modo, toda fiesta ha sido, poco o mucho, unas carnestolendas, a la manera tradicional y popular. Suponía un respiro liberador, casi explosivo, y a menudo —en sus fórmulas más «periódicas»— inmediatamente antes o después de un largo período de abstinencias y de mortificación. El módulo europeo —eclesiástico— fijaba el Antrujejo como pórtico de entrada a la Cuaresma; la Pascua de Resurrección era la relajación posterior. Es un ejemplo, entre los muchos que cabría aducir. Nuestros abuelos, o tatarabuelos, practicaban estas cadencias de «permissividad».

Todo ello se fue al traste. De hecho, son escasas las «fiestas» en curso, y las subsistentes, ya muy agudadas. La ira de los puritanos, el capitalismo primero calvinista y luego victoriano, acabó con las jolivas anarquias callejeras —tan cándidas, en definitiva, y tan higiénicas— que eran las «fiestas». Las redujo a folklore, en el peor sentido de la palabra, y eso en el mejor de los casos. ¿Queda en pie, todavía, algún carnaval como Dios manda? ¿El de Niza? Me temo que ésa ya no lo es. ¿El de Río? Dicen que sí, y, charlando del tema con amigos, me alegraron el testimonio, ya añejo, del filme «Orfeo Negro». La abolición del Carnaval, por lo demás, no necesitaba ser «administrativa»: la fiesta se agotaba automáticamente. El mundo en que vivimos no tolera la ácida «alegría» rabelaisiana «alegría», del Antrujejo. Olvidada la Cuaresma, ni las Carnestolendas ni la Pascua se aguantan. También la «plaza» —el espacio urbano de confluencia humana, jocosos o indignados— está en deca-

dencia. La «sociedad de masas» nos ha hecho más individualistas, y valga la paradoja. La gente del «seiscientos» aprovecha el trasto para huir: para des-solidarizarse. Marcha al campo o a la playa, o al cuerno, con tal de sentirse aislada. Y pierde la oportunidad de «reír», de paso. Nadie se ríe solo —en una soledad cualquiera—, como nadie habla solo, si no es un loco. Nunca se ha reído menos que ahora. Y no será por falta de material irrisorio, pienso yo.

Libre y libertina, la «fiesta» dejó de funcionar. La misma palabra, «fiesta», padece una manifestación postergación, acorralada o boba. Sólo se usa —y por acá— en los residuos arcaizantes: aldeas, barridas, colonias de inmigrantes, núcleos donde el «tótém» y el «tabú» siguen teniendo vigencia. Observemos lo que ocurre con el vocablo: «programa de fiestas», «sala de fiestas»..., y pare usted de contar. Una fiesta «programada» ¿es una fiesta de veras? Las «salas» son todo lo contrario de la intemperie caudalosa, gratuita y desbordada que, alguna vez, fue la «plaza». Los antros psicodélicos, con taquillas, discos coordinados comercialmente, luminotecnia grácil —pero la «fiesta» se celebraba a la luz del día...—, ¿merecen el nombre de «fiesta»? Y los guateques de pandilla («Saca güisqui, Cheli, para el personal...») se atrincheran en un piso bivalvo y torvo, intranfusable: separado de la vía pública y del pueblo que podría llenarla. Una «fiesta privada» es una contradicción en los términos. Y eso es toda la «fiesta» que tienen a su alcance los chicos y los mayores del momento. ¿Que se lo pasan en grande? Bueno: no lo negaré. Y con su pan se lo comen. Me limito a denunciar que no hay tal «fiesta». La convocatoria a una juerga confusa, colusiva, de abrupto «interclasismo», como cuentan que se producía en la Edad Media, en el Renacimiento, dejó de ser viable.

Y que no se me objete con aquello del «happening». El «happening» sería un sustituto de la «fiesta». Que yo sepa y conste, la operación «happening» nunca dejó de ser una algarada elitista y odiosamente yanqui. Los muchachos que se decidían a estas bromas, «underground» o no, eran unos subproductos de la «microburguesía», en el fondo. Hoy ya no está de moda hablar de «happenings», me parece. ¿O sí? Sea como fuere, la deliciosa eventualidad de un «happening» —lo más aproximado a una «fiesta» que da de sí la época— será un ejercicio cláscico. He escrito «microburguesía», y el término, si no recuerdo mal, lo aprendí de una lec-

tura de Diego Ruiz. (Y por lo que veo y leo, sólo el doctor Sarró y yo tenemos una vaga idea de quién fue aquel curioso malagueño catalanizado, tremendamente ingenioso, que fue este Ruiz: estoy seguro de que J. L. Marfany sabe más de Diego Ruiz que Sarró y que yo, pero Marfany es un «cuasi inédito» que juega haciendo trampas con su silencio editorial...) Hablábamos de la «microburguesía». De ella emergen los «crios» de la Universidad: todos, o la mayoría, hijos o nietos de estraperlistas, con un leve porcentaje de «declassados» de por medio. La propuesta del «happening» —la última simulación de «fiesta»—, yo la situaría a la salida de una fábrica. Hace años que lo dije así en un libro. Y ya lo vería quien lo viese. El «proletariado militante», que no se chupa el dedo, convertiría el jolgorio «microburgués» en revolución, o en revuelta. O sea: en una «fiesta» al revés.

¿Y qué es una «revolución» sino una «fiesta» al revés? Todas las «fiestas» son «revolucionarias». Si la multitud se echa a la calle, claro está. La actualidad más concisa demuestra que la «multitud» sólo piensa en la «calle» como un vado para aparcar, la cercanía de un metro o de un trolebus, unas tiendas. No, o poco, se adhieren a las últimas reminiscencias de «fiesta» que tienen ante los ojos. Más bien no. El «proletariado», en porcentajes de la «población activa», ya no es mayoritario. Se entiende el «proletariado» tal como lo encontramos definido en el «Manifiesto». El protagonismo de clase es dudoso, a tenor de la literalidad de don Carlos Marx y de su adlátere Engels. El neocapitalismo, y la precursora fauna celtibérica del estraperlo, introducen en el panorama unas delicadas variantes, que, al fin y al cabo, tropiezan con el vacío de la «fiesta». No hay «fiestas» previsibles, en ningún lado. Nos hemos descubierto como una generación privada de «fiestas»: nosotros, los viejos, y más, los jóvenes. Somos, viejos y jóvenes, una arruga histórica, aparatosamente triste. O sea: resignada. Porque ni siquiera el «happening» se plantea. No tenemos la oportunidad de la «fiesta». Dentro de un siglo aún será más complicado. Dentro de cien años, todos calvos, desde luego. Y tontos. Trocar las «fiestas» por las «vacaciones pagadas» era una posibilidad lógica, sin duda. Pero...

Joan FUSTER